

Presentación

Preface

El miércoles 2 de diciembre de 2015 se celebró en el Salón de Grados de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid la sesión científica que esta revista viene convocando cada año desde hace varios en torno a un asunto monográfico relacionado con el mundo clásico grecolatino; el elegido para esta ocasión se formuló con el muy sugerente título de “Literaturas antiguas y estéticas de la modernidad”. Los encargados de organizar la sesión, a petición de la dirección de *Minerva*, fuimos quien suscribe estas líneas y Francisco García Jurado, profesor de Filología Latina de la Universidad Complutense e igualmente miembro del Consejo de Redacción de esta revista. Hasta la sesión que aquí se presenta, todas las anteriores habían sido organizadas por uno solo de los miembros de dicho Consejo; mas esta vez se decidió introducir la novedad de que fuera organizada por dos de ellos, uno de los cuales actuaría como moderador de la sesión científica y el otro como introductor y, en cierta medida, “animador” de ella con una intervención previa que ubicara y centrara su asunto, de cara a contextualizar las subsiguientes intervenciones y el eventual debate posterior. Ello explica que en este número de *Minerva* la sección inicial, denominada “Sesión de debate”, presente tres textos y no los habituales dos que recogen las intervenciones de los conferenciantes elegidos e invitados.

El primero de esos textos se corresponde, pues, con la exposición introductoria del profesor García Jurado en la sesión científica de la que venimos hablando. En ese texto, tras una primera parte teórica en la que se exponen de manera sucinta, pero muy clara, las nuevas tendencias en el estudio de la ya añeja “tradición clásica”, centradas sobre todo en el concepto de *recepción* —que supone una mirada y una línea que va del autor más o menos moderno y actual hacia el antiguo, y no al revés (como sucede en la intelección de la tradición como ‘legado’)—, García Jurado ejemplifica todo ello con la propia poesía de uno de los participantes en la sesión científica, el profesor de Filología Latina de la Universidad de Salamanca Juan Antonio González Iglesias. Fue, pues, un aspecto muy peculiar y atractivo de dicha sesión el hecho de que el asunto a que se dedicaba tuviera como núcleo central la figura y la obra literaria de uno de los propios profesores que intervinieron en ella, al aunar González Iglesias la condi-

ción de reconocido latinista, activo y brillante traductor de autores clásicos (y menos clásicos), y poeta de sobrado prestigio en el reciente panorama poético en lengua española. O sea, todo un poeta alejandrino redivivo.

Si García Jurado dedica algunas interesantes reflexiones a la manera como González Iglesias recreó las *Olimpicas* pindáricas en las suyas, publicadas en 2005, Jesús Ponce Cárdenas, profesor de Literatura Española de la Universidad Complutense de Madrid, nos ofrece un minucioso análisis de dos poemas del poeta filólogo salmantino, la “Canción para un centauro adolescente”, de su poemario *La hermosura del héroe* (1994), y “Bear & Twink”, texto mucho más reciente aportado por González Iglesias a un volumen antológico de poesía en homenaje a Luis de Góngora que ha compilado el propio Jesús Ponce (*Desviada luz. Antología gongorina para el siglo XXI*, Madrid, Fragua, 2014). Este, con admirable acribia, analiza ambos textos para mostrarnos cómo su asombrosa perfección formal se armoniza con un ejercicio de imitación compuesta en el que quedan, no anuladas, sino sutil e inteligentemente fusionadas, las fronteras temporales y los límites entre géneros literarios y aun entre artes, sobre todo en el primero de los dos poemas estudiados. Al hilo de este, Ponce nos conduce por una vía que recorre los territorios de la poesía antigua —y no solo el esperable Ovidio, al tratarse de centauros—, la poesía francesa del siglo XIX, el modernismo —y no solo el consabido rubendariano—, la pintura de Botticelli, la escultura de asunto clásico en los albores del siglo XX y, cómo no, el que algunos han considerado y consideran el vehículo artístico más innovador de ese siglo, y aun del actual: la publicidad. Ya solo con esos ingredientes resulta innegable que nos encontramos ante un texto que fusiona —y lo hace con gran eficacia estética— la tradición con la postmodernidad.

El segundo poema, publicado veinte años después que el anterior, nos muestra a González Iglesias con un cincel aún más preciso, y también más osado en todos los sentidos, a la hora de esculpir una magistral recreación en clave homeroica del episodio de Polifemo y Galatea, desdeñosa nereida ahora sustituida por el atractivo jovencito Acis (al que no se nombra) en los requiebros (y al final en los brazos) del cíclope. Como bien demuestra Ponce Cárdenas, escoliasta de un poema que él mismo solicitó al autor hace dos años para la ya citada antología gongorina, los materiales con los que se levanta el delicioso “miniepilio” van más allá de los esperables y evidentes préstamos y guiños de y al genio cordobés; este es imitado, parodiado, homenajeado y, quizá, en algún aspecto superado en un poema que tenía que tener —y tiene— los mismos ingredientes que hicieron de su tan controvertida poesía una portentosa exhibición de cultura e inteligencia en nuestro Siglo de Oro: la fusión de una tradición literaria

y artística perfectamente asimilada con el toque de actualidad que confieren detalles incluidos como signos del tiempo en que el poema se escribe. Ponce nos muestra, en meticuloso análisis, los materiales con los que González Iglesias elabora las cinco octavas de su poema, todas de una asombrosa perfección formal, mostrándonos el poema *sub specie centonis*, lo que lo inserta, a su vez, en la noble tradición de Ausonio y su deliciosamente lascivo *Cento nuptialis*. Al hilo de su argumentación observamos cómo el poeta salmantino logra el mismo efecto y objetivo que el cordobés hace cuatro siglos: revestir los asuntos sexualmente más escabrosos con una *elocutio* tan compleja como sublime, la cual plantea al lector un atractivo juego hermenéutico, un reto a la inteligencia que culmina en cómplice sonrisa y en reconocimiento de la genialidad de su creador. Es algo similar a lo que logró hace casi medio siglo Jaime Gil de Biedma con su impagable “Epigrama votivo (*Antología Palatina*, libro VI, y en imitación de Góngora)”, único poema que personalmente echo en falta en la magnífica antología (pro-) gongorina reunida por Ponce Cárdenas.

Y, en fin, el propio Juan Antonio González Iglesias nos regala en este número de *Minerva* un artículo-ensayo titulado “El *Arte poética* de Horacio y algunas líneas anticlásicas de la cultura contemporánea”. Se trata de un texto lleno de interesantísimas sugerencias que bien podría ampliarse desarrollándolas en profundidad hasta lograr una monografía que, sin duda, podría brindar un conjunto de perspectivas realmente novedosas acerca del opúsculo horaciano, tan esencial para la cultura de Occidente. Es la de editar y traducir un texto una de las tareas que más nos permite ahondar en su forma y su sentido, abriéndonos vías de intelección e interpretación que difícilmente captamos abordándolo como meros lectores. Esa tarea con el *Arte poética* horaciana, de la que González Iglesias nos ofreció en 2012 una soberbia traducción al castellano, está sin duda en el origen de estas agudas reflexiones, las cuales se centran en mostrar que esa obra va mucho más allá de proponer una mera “reflexión de un poeta sobre su propia creación” para brindarnos desde una teoría sobre la creatividad y, en general, sobre el arte y la belleza clásica hasta un paradigma ético basado en el concepto, clave en Horacio, de ‘límite’; un concepto que urge verdaderamente recuperar para evitar que, como ha sucedido, sigan cumpliéndose “muchos de los avisos horacianos [...] cuando ha dejado de estar vigente la estética clásica”. Esa estética es, según González Iglesias, “civilizadora”, pues nos previene frente a los muchos retornos a lo ‘pre-civilizado’ con que nos amenaza la postmodernidad en sus aspectos más disolventes e insensatos, que los tiene, y muchos: “la jaula, la locura, la incongruencia, el suicidio, la sangre y las vísceras...”.

Confío en que las modestas líneas que preceden cumplan, además de su labor de presentación, también la de estímulo para leer tres trabajos muy diferentes entre sí, pero de idéntico y elevado rigor intelectual y científico, y que en todo caso ilustran de manera tan amena como variada el tema “Literaturas antiguas y estéticas de la modernidad”, objeto de la Sesión de Debate de nuestra revista *Minerva* correspondiente al número de 2016.

Pedro CONDE PARRADO
Universidad de Valladolid